

animada, flexible y pintoresca, penable por las leyes de la Gramática, no por las de la Retórica.

Si *Pequeñeces* vale mucho como libro aislado, ¿cuánto valdrá como cabeza de una serie? Ya nos lo dirán las futuras hermanas de aquella primorosa novela.



## CAPÍTULO XXVI

## LA NOVELA CONTEMPORÁNEA

Valera (1).

**P**OLÍTICO, periodista, escritor ameno y elegante, crítico de alta fama, hombre de mundo y hombre de letras, todo eso había sido este admirador del Júpiter de Weimar, cuya amplitud inmensa de ingenio emula en cierto modo. Pero no se mostraba satisfecha la ambición del polígrafo insigne que, cuando parecía agotada su virtualidad creadora, la difundió

<sup>1</sup> D. Juan Valera nació en Cabra (Córdoba) el año 1827, de noble familia, que le proporcionó una educación digna de su cuna. En las novelas del autor, y señaladamente en *Pepita Jiménez* y *Las ilusiones del doctor Faustino*, hay escenas inspiradas en los recuerdos de su país natal y sus primeros años. En Málaga hizo Valera los estudios elementales, que perfeccionó en el Sacro Monte de Granada. Dedicado en un principio á la carrera del foro, siguió luego la diplomática, y acompañó al Duque de Rivas siendo éste embajador de España en Nápoles, á la vez que depuraba su gusto artístico con el conocimiento de los clásicos griegos, latinos é italianos. La residencia en Lisboa, Río Janeiro, Dresde y San Petersburgo, hizo de Valera un apreciador inteligente de las literaturas modernas más desconocidas, sin que este cosmopolitismo perjudicase al absoluto dominio de la inglesa, la francesa y la española. De vuelta á Madrid, y tras breve lapso de tiempo, formó parte de la Redacción de *El Contemporáneo* (1859), periódico de ideas muy liberales, pero que indirectamente servía á los intereses del moderantismo. Pasándose á las filas de la Unión Liberal, fué enviado en 1866 por el Gabinete O'Donnell

en producciones selladas por la juventud eterna del espíritu, y la madurez de las canas.

No era difícil presagiar al futuro novelista en la hermosura plástica y descriptiva del estilo de Valera, en el insuperable buen sentido de que alardea constantemente, y en todos aquellos rasgos inconfundibles que constituyen su fisonomía moral y le dan una personalidad aparte, conseguida por muy pocos. Su vocación en este punto se manifestaba bien definida, y no creo que el haberla seguido fervorosamente merezca el nombre de genialidad caprichosa, como él afirma entre burlas y veras, y suponen muchos que no saben leerle entre líneas.

Estos mismos, sin exceptuar á los más bravos, se ven confundidos ante un argumento de tanta fuerza como *Pepita Jiménez*. Desde que por primera vez se publicó en la *Revista de España*<sup>1</sup>, los entendidos saludaron respetuosamente en su autor á un gran novelista, cultivador de un género novísimo, y casi diríamos á su uso particular. Por la diáfana y escultural belleza de las formas, no menos que por la supresión absoluta y radical de los burdos procedimientos empleados hasta entonces en la novela española, parecía *Pepita Jiménez* llamada á despertar únicamente la afición de la exigua aristocracia literaria, capaz de valuar su mé-

á Francfort en calidad de Ministro plenipotenciario. Adherido al levantamiento de 1868, nombrado Director de Instrucción pública y miembro de la Comisión encargada de ofrecer á D. Amadeo la corona de España, Valera aceptó más tarde la legalidad alfonsina dentro del partido liberal, y ha sido embajador en Lisboa, Washington y Bruselas. Ni las vicisitudes políticas, ni el cansancio de una edad avanzada, ni la posesión segura de un renombre alta y universalmente considerado, bastan á rendir la actividad de Valera, tan fecunda hoy como en sus años juveniles, de los que también conserva integros la vivacidad, la gracia cultísima y el desenfado.— Las novelas de Valera están reunidas en tres volúmenes de la *Colección de escritores castellanos*. (Madrid, 1888-1890.)

<sup>1</sup> Tomos XXXVII y XXXVIII, números de 28 de Marzo, 13 y 28 de Abril, y 13 de Mayo de 1874. Después se han impreso hasta nueve ediciones, algunas numerosísimas.

rito. Y, sin embargo, invadió atrevida el folletín del periódico, y salvando las fronteras es hoy apreciada en la patria de Zola, en la de Dickens y en la de Manzoni; alcanza, en fin, los honores de la popularidad.

Conviene dar á conocer el origen de esta obra, lo que pudiéramos llamar su historia íntima, y para ello transcribiré una de las varias confesiones que ha hecho Valera sobre el asunto: «Escribí, dice, mi primera novela sin caer hasta el fin que era novela lo que escribía.

»Acababa yo de leer multitud de libros devotos.

»Lo poético de aquellos libros me tenía hechizado, pero no cautivo. Mi fantasía se exaltó con tales lecturas; pero mi frío corazón siguió en libertad y mi seco espíritu se atuvo á la razón severa.

»Quise entonces recoger como en un ramillete todo lo más precioso, ó lo que más precioso me parecía de aquellas flores místicas y ascéticas, é inventé un personaje que las recogiera con fe y entusiasmo, juzgándome yo por mí mismo incapaz de tal cosa. Así brotó espontánea una novela, cuando yo distaba tanto de querer ser novelista<sup>1</sup>.»

Cuanto estén familiarizados con las obras de Valera recordarán las aficiones que muestra á la especulación semifilosófica, y cuán extraño conjunto forman sus opiniones utilitarias y, á la par, archiespiritualistas. Ecléctico hasta la temeridad y el imposible, no deja nunca de predicar la alianza de los dos mundos, que no puede creer en oposición; éste, material y sensible, con sus dos habitantes, la comodidad y el deleite, y aquel otro donde colocaba Platón á las ideas madres, y todos los hombres la suma de sus ensueños y esperanzas. El cristianismo de Valera no se extiende hasta llamar sin restricciones valle de lágrimas al planeta que habita-

<sup>1</sup> Dedicatoria de *El Comendador Mendoza*.

mos; la duda, por otra parte, no ha cerrado sus ojos á los inefables atractivos de la religión y la filosofía. Plotino de guante blanco, con las alas del sentido estético abiertas á toda especulación generosa, y poco descontento de una existencia que no le ha hecho abandonar sus preocupaciones optimistas, lánzase imperturbable por el justo medio, que viene á ser la última palabra de su credo filosófico.

No se conceptúen inútiles estos preliminares, pues cabalmente viene aquí á refundirse cuanto hay de más típico en las novelas de Valera, quien, tomando constantemente la palabra por todos sus personajes, desconoce el secreto de ocultar tras de ellos las preferencias y los ideales propios. Aunque partidario del arte por el arte, gusta de *hacer filosofía* tanto como el mismísimo Campoamor; es, como él, pecaminosamente ingenuo, y, conocedor profundo del hombre y de la sociedad, sabe excitar pasiones y sentimientos á que no puede menos de responder la pícara naturaleza humana, cuyos flacos aprovecha para conquistarla por el asentimiento y la simpatía.

*Pepita Jiménez* nos explicará las sinuosidades y los arcanos del sistema. El misticismo insidioso de esta obra es un misticismo al revés, una rehabilitación muy velada del deleite sensual frente á las aspiraciones del espíritu, un ensayo de conciliación entre la moral cristiana y la epicúrea. Porque, si Valera parece prohiar los ideales de nuestros grandes ascéticos, no lo hace sin añadirles su levadura falsamente platónica y sus corolarios prácticos, que bastan para destruir todo aquello que en apariencia los contraría.

Es D. Luis de Vargas el héroe de la novela, un joven rico, discreto, bien parecido y con ánimos de consagrar todas sus grandes dotes al servicio del cielo. La educación recibida en casa de su tío, el Deán, y en el Seminario, le tuvo completamente embebido en sus estudios teológicos y su oración continua, reduciendo

el círculo de sus aspiraciones á ser un santo, y quizá también un sabio. Al partir á su pueblo para pasar una temporada en compañía de su padre, comienzan á batirle simultáneamente los consejos del buen richo, las admiraciones y deferencias de todos, pero más aún las miradas de cierta viudita verde, que extrema los ataques para con él tanto como los desdenes para con los demás. ¡Pobre misionero en ciernes que se creía levantado sobre las miserias de la realidad, y que ya casi se siente amándolas con irresistible y fervoroso amor! ¡Pobres ilusiones místicas, tan fervorosas y tan puras, deshechas como la nieve por los rayos que despiden los ojos de Pepita! En vano acude á los remedios que le aconsejan sus libros el recalcitrante teólogo; en vano reúne las fuerzas de su orgullo y su virtud combatida. Va á adoptar el recurso heroico de José; pero, ¿cómo resistir á las lágrimas y al cariño de un diablo tan seductor y tan bello! No; tiene que ir á despedirse de Pepita, aunque con la mente llena de silogismos irrefutables, que acabarán de convencerla y consolarla.

Los silogismos de Luis ceden ante los de la viuda; y aunque rechaza con algún valor las primeras embestidas, sucumbe ante el fiero espectáculo que se ofrece á sus ojos y ante la estratagema irresistible con que le hace caer en sus redes la bella enemiga, fingiendo como que le deja libre el campo. Bonitas habrían salido tales escenas á caer en manos de algún discípulo de Zola, que retratara al desnudo lo que encubre el Sr. Valera con cendales idealistas.

Pero todavía tiene que decir la última palabra no sé si su candidez ó su malicia, puesto que en él son estos términos perfectamente sinónimos. No le duele ¡qué le ha de doler! la caída del estudiante, convertido en un Adonis con sus ribetes de matachín y pendenciero, y, sin embargo, no permitirá á su erudición mística que le deje sin una disculpa fundada en el P. Arbiol... y hasta en Santa Teresa. Luis fué un orgulloso que presumía

llevar á cabo por solas sus fuerzas lo que es obra exclusiva de la gracia; pues he aquí por qué le ha abandonado Dios, dejándole entre la turba de los cristianos imperfectos, en vez de subirle á las regiones donde sólo se manifiesta á los escogidos. ¡Con qué habilidad discurre el novelista! La lástima es que al cabo viene á hacerse traición á sí mismo con aquella mal disimulada simpatía que muestra hacia su pareja, y aquellos versitos de Lucrecio, y todo aquel ambiente semipagano que se respira hacia el final...

¿Cree sinceramente el Sr. Valera que su libro no va sino contra las falsas vocaciones al Sacerdocio, y que no hay en él elementos muy diferentes de la hipocresía mística? Si lo cree, no he de ser yo quien entable la discusión sobre el particular, pues hartó me he distraído en escauceos y digresiones.

Importaba dejar bien explicado y fuera de duda cómo el misticismo de *Pepita Jiménez* es un misticismo al revés; y juzgada la novela en cuanto á sus fundamentos, sólo debe añadirse que en esto de analizar las vías interiores del espíritu con sus sombras y tortuosidades, no cabe ir más allá ni sutilizar con más intención y delicadeza. Ya nos seduce el autor con peregrinas disquisiciones de ascética transcendental; ya traza un boceto que no desdeciría en los *Diálogos* de Platón; ya viste con exquisitos adornos las paradojas brillantes de la escuela alejandrina; ya, en fin, reproduce en maravillosos calcos las ideas sublimes de Rivadeneira, Granada y Fr. Luis de León. Negar condiciones de novelista á quien así ahonda en las profundidades del alma humana, y tan claro sentimiento posee de la realidad en todas sus manifestaciones, raya en lo absurdo y lo ridículo.

¿Y cómo elogiar debidamente aquel decir incomparable en que se aunan la serenidad clásica y el arrebatado vivacísimo de los estilistas modernos? Los más insignes prosadores del siglo XVI aceptarían por suyas páginas enteras de *Pepita Jiménez*; que tampoco ofre-

cen á la escrupulosa censura ningún resabio de afectación ó servilismo, nada que desfigure el propósito de asimilar la belleza allí donde se encuentre, y recoger las flores de todos los pensiles.

El ser *Pepita Jiménez* lo primero, y sin duda también lo mejor, que ha producido Valera como novelista, influyó mucho en la mala ventura de *Las ilusiones del doctor Faustino*<sup>1</sup>. Con esta obra estuvo á pique de perder cuanto con aquélla ganó, salvo la fama de ciertas dotes indestructibles que nadie se atrevió á negarle; mas, á pesar de todo, se afearon en la historia del doctor el raciocinio frío y monótono, la tendencia filosófica demasiado visible y al descubierto, la escasez de interés, y lo vago y contradictorio de los caracteres. Encastillado Revilla en las posiciones de una Estética ruin y superficial, digna de cualquier mediano estudiante de Retórica, no supo estimar en lo justo la personalidad del protagonista á pesar de haberla analizado con suma discreción.

El doctor Faustino —decía— «es algo flotante, incoloro, inconsistente como la sombra, que resiste al análisis, que se escapa de entre las manos; algo que obra sin saber por qué, piensa sin saber que piensa, y á punto fijo no sabe si siente; algo que podrá existir en la realidad, pero que carece de valor y de belleza en el terreno del arte, donde lo primero que se exige son figuras acentuadas, vigorosas, activas, que interesen y conmuevan al contemplador». Esta exigencia aforística del malogrado crítico no tiene fundamento alguno, y ahí están para desmentirla los tipos simbólicos de todas las literaturas, señaladamente el *Hamlet* de Shakspeare y el *Fausto* de Goethe, cuyo hermano menor es el héroe de Valera. En la *Postdata* adjunta á *Las ilusiones del doctor Faustino* van expresadas mis ideas sobre el par-

<sup>1</sup> Madrid, 1875.

ticular, que coinciden enteramente con las del autor. El discutido personaje «representa, como hombre, á toda la generación, mi contemporánea—afirma Valera—: es un doctor Fausto en pequeño, sin magia ya, sin diablo y sin poderes sobrenaturales que le den auxilio. Es un compuesto de los vicios, ambiciones, ensueños, escepticismo, descreimiento, concupiscencias, etc., que afligen ó afligieron á la juventud de mi tiempo. En él reuno los tres tipos ó formas principales bajo que se presenta el hombre de dicha generación y de cierta clase, si clase pueden formar los que gastan levita y no chaqueta. En su alma asisten la vana filosofía, la ambición política y la manía aristocrática. Ya sé que hay hombres mejores; pero yo no quería escribir la vida de un santo. Sé también que los hay más ridículos; pero no quería yo hacer una novela enteramente cómica y de figurón. Y sé también que los hay mil veces más odiosos y malvados; pero si D. Faustino lo fuese dejaría de ser algo cómico, como yo quería, y dejaría también de tener algo de interesante y de patético, como me convenía que tuviese para mi plan de novela, ó de lo que yo entiendo por novela á pesar de los críticos. D. Faustino, dado mi plan, no podía ser sino como es. Fausto es más grande, pero también es más egoísta, más pervertido y más pecaminoso.»

Valera ha hecho de su doctor un hidalgo sin caudales, listo pero enfermo de voluntad, enamorado del bien y débil ante las seducciones del vicio, sutil analizador de sus propias acciones, mitad incrédulo y mitad supersticioso, *vera efigies* del hombre moderno con sus grandes aspiraciones y su impotencia moral. El doctor cae también en las redes del *eterno femenino* bajo la triple fase de amor platónico é idealista, personificado en María, de cupidillo travieso é inconstante, aunque se llame Constanza la mujer que lo representa, y de afición carnal y celosa, porque tal es la que inflama á Rosita. La facilidad con que las tres se entregan al doctor

Faustino no está suficientemente razonada, pero contribuye á enaltecerle como hombre, y á poner de relieve sus flaquezas de conducta. Cuando el protagonista, vuelve al camino recto y á la fe de su infancia, y desposa á la más noble de sus amantes, á aquella María que significaba para él la encarnación ideal de la belleza y del bien, podía finalizar la novela adecuadamente; pero el autor prefirió forzar la nota de la consecuencia en el carácter del nuevo Fausto que traiciona la fidelidad conyugal, y remata con el revólver la serie de sus torpezas y extravíos.

Aunque ofendido, y no sin razón, Valera por las insinuaciones de la crítica, á poco nos ofrecía otra novela menos transcendental y más humana, en que, con formar la tesis el núcleo principal de la acción, se reviste de grandes y poderosos atractivos, sin arideces académicas y sin pujos de filosofismo adocenado. *El comendador Mendoza*<sup>1</sup> (cuyo argumento recuerda al de *O locura ó santidad*, sin las deplorables exageraciones de este último) reúne la imponente representación de las leyendas tradicionales con el carácter genuino de la novela histórica, y el aparato de los problemas filosóficos transformados en elemento de arte. Desde un principio excita poderosamente la atención, y ocupa por igual la inteligencia y el sentimiento, llegando á presentar á los ojos del lector una fábula de alguna complicación, mérito que no calificaré de insigne, pero sí infrecuente en el autor.

Los personajes son de una grandeza excepcional, en nada vulgares, y en algo dignos del coturno; sobre todo el Comendador y doña Blanca, que representan una lucha sorda y á muerte, engendrada á la vez por las pasiones religiosas y por la antipatía invencible que ha venido á sustituir en el corazón de entrambos el

<sup>1</sup> Madrid, 1877.

afecto criminal de otros días, oculto aún en las tinieblas del misterio. Al encontrarse otra vez frente á frente el descreído volteriano y la fervorosa católica, una nube de reconvenciones, quejas y remordimientos se ve surgir del fondo de sus palabras ardientes y de incisiva rapidez; otra nueva tragedia parece ir á desenvolverse, tan terrible como la que le precedió.

Doña Blanca, la intolerante y severísima esposa del bendito D. Valentín, tuvo la desgracia de rendirse á los pérfidos halagos del Comendador, siendo fruto de sus amores la bella é inocente Clara, cuyo verdadero padre desconoce el reputado por tal. Hija única y heredera de un capital muy considerable, va á disfrutar de bienes que no son suyos; contingencia gravísima que preocupa igualmente á doña Blanca y al Comendador, aunque de distinto modo. Piensa aquélla, para encubrir su infamia y la de su familia, en casarla con el pariente más próximo de D. Valentín, con el estafermo don Casimiro, tentando después nuevos caminos para hacerla entrar en un convento; D. Fadrique, en cambio (ó sea el Comendador), resiste con la tenacidad de su carácter y la entereza del cariño paterno á éste que él juzga asesinato moral y resolución impuesta por absurdos terrores.

Renuncio á enumerar las valentísimas escenas que de tan magnífico contraste hace nacer el novelista; no nos tenía acostumbrados su pluma retozona y alegre á los diálogos que por aquí abundan, ni al enérgico estilo que constantemente emplea. Copiemos una página, modelo de cortante y áspera vehemencia, y escrita en un tono, que si no es el de Shakspeare, rivaliza sin desventaja con el de Víctor Hugo:

«Doña Blanca se incorporó en la cama, miró con ojos extraviados á Lucía y á Clara y al fraile, y habló de esta manera:

—¡Vete, Valentín! ¿Por qué quieres matarme con tu presencia? Mátame con un puñal... con una pistola.

Echame una soga al cuello y ahórcame. No seas cobarde. Toma la debida venganza.

—Sosíégate, doña Blanca, interrumpió el fraile, á quien ella se dirigía como si fuera D. Valentín. Sosíégate; tu marido está fuera... Idos, muchachas, añadió dirigiéndose á las dos amigas. Dejadme solo con la enferma, á ver si logro que se sosiegue.

Clara y Lucía, como si estuviesen allí clavadas, no se movieron. Doña Blanca prosiguió:

—Ten valor y mátame. Tu honra lo exige. Es necesario que mates también al Comendador. Está condenado. Se irá al infierno y me llevará consigo.

—¡Madre, madre, Ud. delira!, exclamó Clara.

—No, no deliro. Y tú, necio, añadió dirigiéndose al fraile, ¿eres ciego? ¿No la ves?, y señalaba con el dedo á su hija. ¡Cómo se le parece! ¡Dios mío! ¡Cómo se le parece! Es un retrato suyo. ¡Apártate de mi vista, vivo testimonio de mi vergüenza!

Clara, llena de horror y de ansiosa curiosidad á la vez, oía á su madre y pugnaba por comprender todo el arcano tremendo. Al sonar las últimas palabras que iban dirigidas á ella, se cubrió Clara el rostro con ambas manos.

Si es cierto, como dicen, que Valera necesita violentarse para hablar de asuntos patéticos, y que raciocina mucho y siente poco, no ha podido disimular mejor la falta, ni aproximarse más á la verdad psicológica por la intuición lúcida del pensamiento.

No quiero yo traer á examen el intrincado problema que envuelve la narración de *El comendador Mendoza*, y en cuyo planteamiento agota Valera los recursos de su ingeniosidad casuística, procurando suplir el criterio inflexible de la moral con otro acomodaticio y soberanamente habilidoso. Como la tarea es delicada é impropia de este lugar, la abandono decididamente, y también las demás observaciones que la novela admite, para decir dos palabras nada más sobre la que se intitula *Pasarse de listo*.

Ese optimismo á prueba de desengaños, que se identifica con el temperamento del insigne escritor, y que con tanta frecuencia le conduce al borde del precipicio, resalta de un modo especial en la presente obra, compuesta de elementos moral y artísticamente falsos. El pobre diablo, que se devana los sesos pensando en la mujer que Dios le dió, y de que él se conceptúa indigno, y la misma mujer que con tanta indolencia se entretiene en jugar con el fuego, dejándose querer de un Tenorio formidable, aunque sin rendirsele totalmente, son dos creaciones que sólo se pueden ocurrir al Sr. Valera, quien se pone después muy formal á defender la causa de su heroína. Las razones no convencen á nadie, claro está, y á pesar de ellas buscará todo el mundo el prototipo de la esposa fiel entre las que no se asemejen á doña Beatriz; y en cuanto á los hombres á quienes toque en suerte el papel de mártires, pocos imitarán el estéril sacrificio de D. Braulio, aun siguiéndole en la serie de razonamientos que le determinan á suicidarse, no tan infundados como supone el novelista cuando asegura que el infeliz *se pasó de listo*.

*Doña Luz*<sup>1</sup> reproduce con variedad de tonos las disquisiciones místicas de *Pepita Jiménez*, á cuyo don Luis sustituye el P. Enrique, pasando el ceñidor de Venus á la romántica señorita que da nombre y ser á la novela. Alentado quizá por el éxito de su primera tentativa, el autor avanza un paso más y pone resueltamente el dedo en la llaga, en vez de contentarse con las insinuaciones tímidas y el vacilante filosofar de otros tiempos. No es ya el amor humano, sensual y censurable si se quiere, pero lícito en el fondo, el victorioso adversario del amor divino, sino otro francamente criminal que en vano pretende disculparse con palabras y

<sup>1</sup> Publicada primero en la *Revista Contemporánea*, y después en volúmen aparte. (Madrid, 1879.)

atenuaciones. El amartelado fraile cae vencido de la hermosura femenina y de la flaqueza propia por un proceso fácilmente explicable y muy parecido al que ya contemplamos en *Pepita Jiménez*. Doña Luz no es solamente una mujer bien parecida y con las más altas condiciones posibles; posee asimismo ese tesoro de discreción y de ciencia infusa que liberalmente otorga el Sr. Valera á sus heroínas; discurre con elevada profundidad acerca de abstrusos problemas psicológicos, y escucha con religiosa atención al fraile, que los expone admirablemente en sus tertulias. Los dos se entienden demasiado bien, por desgracia, y pasan de la teoría á la práctica del amor aunque sin comunicarse recíprocamente sus ocultos sentimientos, por una senda que tapiza de flores la intencionada mano del novelista.

La caída del P. Enrique está dispuesta con maestría, y resulta al cabo conmovedora por lo mismo que es tan natural y tan humana, sin que con esta confesión quiera yo absolver, ni mucho menos, el espíritu que informa á la novela. Si la triste historia que con prolijidad se refiere en el diario íntimo del Padre y en las concisas exclamaciones de doña Luz concluyera en el arrepentimiento ó en cualquier otra especie de rehabilitación moral, nada habría aquí de censurable; pero el mismo carácter espiritualista, etéreo, quintesenciado y pulcro de la pasión que une las almas de doña Luz y el Padre Manrique, y la sórdida grosería de don Jaime Pimentel, el caballero á quien dió aquélla, engañada, su mano de esposa, contribuyen á legitimar aparentemente el beso estampado por doña Luz sobre el rostro del fraile moribundo, víctima infeliz del interno fuego abrasador cuyas expansiones cohibidas le devoran. No puedo persuadirme de que Valera haya pretendido en esta novela combatir el celibato del clero, ya que no sean muy vehementes sus escrúpulos de ortodoxia. Como artista y psicólogo analiza con pasmosa seguridad á sus dos héroes, sin cuidarse de favore-

cer ó lastimar ningún interés ético y religioso, y sigue su camino con entera indiferencia respecto de los corolarios que puedan inferirse de la fábula.

Es la que desenvuelve Valera en sumo grado resbaladiza y vidriosa, y coincide substancialmente con la de una novela célebre de Zola; pero el autor de *Doña Luz* supo resistir á la atracción del abismo, por lo cual no le debemos sino elogios. El pecado de amor no lleva consigo el conveniente estigma de reprobación absoluta y sin distinciones; pero tampoco se exhibe con el cínico descaro y la vehemencia brutal y fisiológica que en la novela aludida y en otras muchas del propio género y análogas tendencias.

A formar la reputación que goza Valera como novelista han contribuido algo sus maliciosos y originalísimos cuentos, en que emula la intención de Swift y la gracia de Voltaire, procurando encerrar bajo las elegancias de la forma algún aforismo de los que componen el evangelio de sus opiniones. Los personajes proceden del mundo ideal donde nacieron Vanderdendur, Robinson Crusoe y los héroes liliputienses; son abstracciones personificadas que dejan en libertad al autor para manejarlas á su antojo. *El pájaro verde* recuerda las maravillosas narraciones con que todos nos hemos entretenido en la infancia, y parece una imitación de la literatura oriental por el estilo de la de Becquer, aunque menos brillante y fascinadora. *Parsondes* tiende, como el *Cándido* y el *Micromegas*, á demostrar una tesis filosófica con esa filosofía de sentido práctico en que el autor se complace, imitando con las correspondientes variaciones á su modelo francés. El rasgo característico é inconfundible de Valera en tales cuentos, lo mismo que en todas sus narraciones, es la mezcla de seriedad é ironía, de candidez infantil y escepticismo corrosivo, de que casi nunca puede ó quiere prescindir.

Al mismo género fantástico, idealista y tendencioso

pertenecen esas otras miniaturas labradas en mármol pentélico, que se llaman *Asclepigenia* (en que el filósofo Proclo cambia las asperezas de la virtud huraña por los halagos del amor), *Gopa* (condenación del pesimismo lanzada por la mujer de Budha á nombre del progreso cristiano) y, hasta cierto punto, la chistosa humorada *El bermejino prehistórico*<sup>1</sup>.

La impresión general que llevan al ánimo las obras de Valera, singularmente las narrativas, es como la que produciría en espectadores inteligentes un museo de esculturas griegas; impresión de serenidad augusta é imperturbable, de vida primaveral, de pompas y verdores sobre los que no tienen imperio la sombra ni la tristeza. El equilibrio perfecto de las facultades psíquicas, realzado por la erudición más selecta y el instinto para libar las flores de la hermosura, han defendido al autor de *Pepita Jiménez* contra las enfermedades del espíritu moderno, que más ó menos contagian á casi todos los pensadores y artistas de la presente generación. No caben en el alma de Valera las lobregueces apocalípticas, ni en su estilo la neurosis endémica que aspira á pasar plaza de refinamiento elegante. ¡Lástima grande que la idolatría de la forma y el racionalismo filosófico vengán á enturbiar los raudales de gracia y poesía atesorados en tan culto y peregrino ingenio!

Sean las distracciones de la vida pública, sean las mordeduras de la crítica descortés, sea, en fin, la inconstancia de su ánimo ó el temor de perder el renombre adquirido, las causas que tienen reducida al silencio su musa de novelador, Valera no da señales de querer romperlo, y á bien que no necesita añadir nada á su repertorio para figurar dignamente al lado de Pereda y Pérez Galdós. Igualándoles en la pureza del gusto y en las condiciones de estilo (por no decir que les

<sup>1</sup> Los *Cuentos, diálogos y fantasías* de Valera están reunidos en un tomo de la *Colección de escritores castellanos*.



excede), le falta la incomparable potencia descriptiva del primero y la intuición poderosa del último. Asegúrase que las facultades del espíritu humano crecen unas á expensas de otras, y yo no vacilaría en contar como uno de los ejemplos más insignes el de Valera, que con toda su flexibilidad, mil veces demostrada, rinde también su tributo á las leyes del exclusivismo. Su ingenio vivo, razonador y portentosamente fecundo, y su comprensión rápida y clarísima, de que son trasparente espejo las palabras, superan con mucho en vigor á las potencias afectivas, ó como si dijéramos, cordiales. Salvo una ú otra excepción feliz, Valera se aproxima á las llamas del sentimiento y la pasión sin recibir sus influencias; suple con perspicacia lo que no sabe crear; discurre, sutiliza y agota los recursos todos para llegar con su bella frase al fondo del corazón; pero sólo lo conquista de pasada, á viva fuerza y como por asalto. Rebosan de su pluma el donaire y la elegancia, no los raudales del llanto consolador.

Otro inconveniente le nace de su mucho saber: el de modelar los personajes á su propia semejanza, haciéndoles á todos igualmente discretos, elegantes y cultísimos, y poniendo en sus labios el idioma de los héroes y los dioses. De aquí la uniformidad del diálogo, en el que nunca desaparece la figura del autor; de aquí la escasez de movimiento y vida. Valera tiene en su mano el poder incondicional de producir la belleza plástica, y la que se deriva del estudio, la ingeniosidad y los refinamientos artificiosos, sin remontarse á las alturas de la sublimidad verdadera.

Esta limitación de facultades, que no es justo se compute entre los defectos, en nada obsta al significado altísimo de *Pepita Jiménez* y otras hermanas de origen, ni á que su común progenitor ocupe uno de los lugares de preferencia, no compartido con modelos ni discípulos, entre nuestros grandes novelistas y prosadores contemporáneos.



## CAPÍTULO XXVII

## LA NOVELA CONTEMPORÁNEA

Pérez Galdós 1.

**C**REEN algunos, con error palmario, que el innegable florecimiento de la novela española en nuestros días tuvo por causa la crisis política y religiosa de 1868, y citan como prueba (la única que merece discutirse) el carácter, la época de publicación y las tendencias novísimas y francamente revolucionarias de cuanto ha escrito el autor de *Gloria y Mariacela*, D. Benito Pérez Galdós. Comienzo por confesar que todo ello hubiese sido más raro ó más difícil algu-

<sup>1</sup> Nació en Las Palmas (Islas Canarias) el año 1845. Después de terminar los estudios de segunda enseñanza, vino á Madrid (1863) y cursó la carrera de leyes. Poco antes de la revolución de Septiembre comenzó á escribir para el público, aunque sin fijar definitivamente el centro de sus oscilantes inclinaciones literarias. Desde que salió á luz *La fontana de oro* hasta el presente, Galdós no ha cesado de trabajar: el crecido número de sus novelas no le ha permitido ser otra cosa que diputado casi meramente honorario con los fusionistas. Es íntimo amigo de D. José María Pereda, afable y corto de genio, enemigo de las exhibiciones aparatosas, y tan revolucionario en las ideas como saben los que han leído cualquiera de sus obras. Los panoramas que sirven en ellas de fondo están vistos y sentidos de cerca, y su ordenada sucesión señala los lugares donde el autor ha tenido su residencia y observatorio, fijados en Madrid por mucho tiempo, después en Toledo, escenario de *Angel Guerra*, y actualmente en Santander.